

Como si no bastase ya ser

FRANÇOISE AUBES

En *Como si no bastase ya ser*, Nataly Villena ha seleccionado a quince narradoras peruanas, continuando así, como con su blog *Las Críticas*, el trabajo emprendido desde hace ya varios años para hacer visibles lo que Susana Reisz llamó las «voces sexuadas». Esta nueva antología, cuyo título es un verso de *Noches de adrenalina* (1981) de Carmen Ollé, lo prueba de manera magistral.

Voces femeninas —narradoras cuya juventud será sin duda cierta marca de autoreferencialidad— cuentan en primera persona o en focalización interna, lo que confiere un aspecto íntimo-real, un conjunto de relatos que nos hacen penetrar en mundos subjetivos a veces trastornados por personajes femeninos que viven situaciones límite, pero todas movidas por una motivación común: el deseo de libertad, el huir, el viajar, el desobedecer, el amar o el ser amada.

A contracorriente de la habitual representación de los personajes femeninos, aquí no nos encontramos con mujeres previsible, bien instaladas en roles estereotipados; más bien, se rebelan, sufren, no son damitas tranquilas: el amor puede ser una relación letal, extrema hasta la muerte, hasta el asesinato como un juego erótico o para poseer al amado definitivamente. Así, recordando a Horacio Quiroga, diría que ciertos relatos —el de Julia Chávez Pinazo, «El ángel caído» y el de Jennifer Thorn-dike, «Moscas»— son *Cuentos de amor, de locura y muerte* (1917). Tampoco son amas de casa tranquilas porque entre la hornilla o el horno microondas en «Documental» de Claudia Ulloa Donoso y «Recetario» de María José Caro, y el de Susanne Noltenius, «Autosacramental» —donde la heroína tiene un futuro prometedor—, brotan inquietudes ontológicas como el de tener hijos o no porque la felicidad no está tampoco en la maternidad. El embarazo resulta ser una experiencia difícil y hay que esconder la vergüenza de estar embarazada en «Lo imposible» de Grecia Cáceres o significa abandono y soledad para el personaje de «La casa de los Seminario» de Alina Gadea, mientras que los personajes de niños, cuando los hay, desaparecen o mueren como en el cuento de terror de Yeniva Fernández, «La pequeña compañía». En «Trans» de Gabriela Wiener, la maternidad se plantea desde otro enfoque, desmitificando teorías tradicionales sobre el género. No importa que el papá de Valery



Como si no bastase ya ser, 15 narradoras peruanas

Selección de Nataly Villena

Peisa

Lima, 2017

216 pp.

sea homosexual y su mamá, lesbiana; la niña tiene un modelo femenino y un modelo masculino, y esto se explica con humor como cuando prefiere zapatos de Barbie de las zapatillas que le propone su «madre».

Estas historias universales tienen, sin embargo, un trasfondo histórico y social donde, de manera recurrente, aparecen temas representativos de la complejidad de la sociedad peruana: los resentimientos y la discriminación. La mayor parte de los personajes pertenecen a la clase media; conocen o conocieron en su niñez una situación precaria a la cual no quieren volver como la madre de Amanda en «Pastobamba, camino de» de Irma del Águila. Recuerdan la humillación social —por no tener Barbies como las otras— en el cuento de Rossana Díaz, «Con Alfredo, en La Coruña». Algunas, no muchas, son pitucas como Gabriela quien busca emociones fuertes y sueña con cambiar de vida en «Al canto del gallo» de Ofelia Huamanchumo.

Si la mayor parte de los cuentos se ambientan en Lima, hay los que evocan la vida de provincia muy bien plasmada en la descripción de Pastobamba, o la moral

y cucufatería que huelen a guardado en el lugar que describe «Lo imposible», o la provincia y sus huellas de feudalismo que constituyen el escenario ideal para la extraña desaparición de María Fe en «La pequeña compañía». Las historias ocurren en espacios cerrados: un dormitorio, la habitación de un hotel de mala muerte, una cocina; pero en otras el viajar y salir del Perú no necesariamente resulta liberador: es sobrevivir en París prostituyéndose para los personajes de «Trans»; es morir de nostalgia para la joven de «Con Alfredo, en La Coruña».

La filiación es otro tema que se aborda: nieta/abuela en «Recetario», y padre/hija en dos textos sobre el mismo tema: la vulnerabilidad masculina o la muerte del padre, pero con una escritura diferente. «Aquellas olas» de Claudia Salazar, con un guiño a *Las olas* (1931) de Virginia Woolf y su flujo de consciencia que se superpone en dos secuencias temporales: la agonía del padre, y el recuerdo del padre joven y fuerte que enseña las olas a su hija. Mientras que Katya Adai en «Nosotros, los náufragos», narra la muerte del padre, pero con una escritura minimalista, frases extremadamente sobrias, asépticas.

El placer de la lectura viene tanto de la variedad de las historias como de la variedad estilística para contarlas: desde el registro realista o hiperrealista, que busca la autenticidad y da la impresión de leer un testimonio como sucede en «Trans», hasta aquellas donde las autoras se valen de símbolos y metáforas para sublimar las desgracias o las tragedias de la vida. Así, el fuego de la hornilla se convierte en fuego primitivo, purificador y liberador en «Documental», mientras que Karina Pacheco, en «Pájaro de fuego», se vale de un símbolo bello y esperanzador, el *wallata* o pájaro de fuego, para su heroína, la bailarina que ya no puede bailar. Otras modalidades narrativas se nutren de la cultura del rock, del cine —una película de Tarantino sirve de filtro para no ver la realidad—, de la novela negra, la prensa amarilla y el registro fantástico.

Nataly Villena ha sabido seleccionar, reunir y ordenar estos relatos de voces femeninas plurales y diversas por su imaginario y su calidad. Esta publicación, que trae una carátula evocadora de la artista Luz Letts como lo es el título, está destinada a enriquecer el panorama de las letras peruanas con una visión *sui generis*, indispensable y al mismo tiempo universal.